

el cielo del Norte ó las aguas del Danubio, y su nariz aguileña, con sus ventanillas bien rasgadas y un poco abultadas, indicaba el valor de que estaba dotada. Tenia el rostro ovalado, y su fisonomía era viva, expresiva y apasionada. A todos estos atractivos unia un alma sedienta de afecciones, un corazón fácil de conmoverse y una sonrisa entre bondadosa y altiva, capaz de captarle muchos amigos, si no hubiese estado llena de dignidad y no hubiese sido extraña á todo lo que huele á coquetismo ó falta de decoro. Hé aquí el retrato de María Antonieta como mujer.

XIII

Esto basta para hacer feliz á un hombre y para ser el ornato de una corte; pero para inspirar á un rey irresoluto y salvar el Estado en las difíciles circunstancias que atravesaba no era suficiente. Mucho hubiera convenido que la reina hubiese conocido el difícil arte de gobernar, pero por desgracia, su inteligencia era nula en esta materia. Por otra parte, no podía tampoco estar preparada para dar dirección á las fuerzas desordenadas que se agitaban á su derredor, porque, víctima de la desgracia desde poco despues de su enlace con el rey, no habia tenido tiempo de reflexionar en los medios de defensa. Acogida con entusiasmo por una corte pervertida y por una nación fogosa, creyó sin duda que aquellos sentimientos hácia ella serian eternos; razon por la cual se adormeció en las delicias y disipaciones de Trianon.

Cierto es que María Antonieta habia percibido los primeros rugidos de la tempestad, pero no lo es ménos que no habia creído en el peligro, y que habia confiado en el amor que se le tenia, al que ella correspondia por su parte. La corte se habia hecho exigente, y la nación se presentaba en ademan hostil. Instrumento esta desgraciada señora de las intrigas de los cortesanos para influir en el ánimo del rey, habia favorecido al principio y combatido más tarde todas las reformas que podian prevenir ó aplazar las crisis. Su política era una manía, y su sistema entregarse á discrecion en manos de todos cuantos le prometian salvar al rey. El conde de Artois, príncipe jóven y de maneras caballerescas, habia adquirido un gran ascendiente sobre su corazón; pero este príncipe confiaba en la nobleza, hablaba continuamente de su espada, y se burlaba de la crisis, despreciando altamente todo aquel ruido de palabras, y formando cábalas contra los ministros que hacian imposible toda transacción. Ebria la reina en las adulaciones de este consejero íntimo, inducia á su marido á recobrar hoy lo que habia dado ayer, y su mano se hacía conocer en todos los actos contradictorios del gobierno. Su cámara era el foco de una conspiración permanente contra todo lo nuevo; de modo que la nación llegó á notarlo, y empezó á aborrecerla desde aquel instante. El pueblo la miró desde entónces como el principal agente de una contrarrevolución inminente, y dispuesto á calumniar á todo lo que puede causarle temor, empezó á pintarla como una Mesalina en odiosos é innumerables libelos. Mil rumores infames sobre su conducta privada circularon bien pronto de boca en boca, y se contaron de ella las más escandalosas anécdotas. Con razon pudieron acusarla de ternura; de depravación, jamás. Bella, jóven y adorada, si no fué siempre insensible á los sentimientos que inspiraba, al ménos nunca dió el menor escándalo.

El corazon de una mujer, aunque esta mujer sea una reina, es inviolable. Sus sentimientos no son del dominio de la historia sino cuando se hacen públicos.

XIV

Los sucesos del 5 y 6 de Octubre hicieron conocer á la reina, demasiado tarde ya, el odio que el pueblo la tenia, y el rencor se apoderó de ella sin duda. La emigracion empezó inmediatamente, favorecida por la reina, y todos sus amigos se trasladaron á Coblentza. Se la acusó de complicidad con ellos, y acusósele con razon. El rumor del establecimiento de un comité austriaco, muy acreditado entre el pueblo, no fué sino una patraña inventada contra María Antonieta con el objeto de que la nacion pidiese su cabeza, como efectivamente lo hizo. Cuando un pueblo se subleva, tiene precision de aborrecer á alguno; á la reina le tocó por sus imprudencias ser el blanco de este odio. Toda una nacion se hizo enemiga de una mujer, y ésta en su altivez creyó degradarse si le daba una satisfaccion, por lo cual no trató de desengañarla, ni hizo otra cosa que concentrarse en sí misma aterrizada. Confinada en las Tullerías, no podia asómarse á sus ventanas sin ser insultada, y cada ruido que oia en la ciudad se le figuraba una nueva conmocion popular. Pasaba los dias en silenciosa tristeza y las noches en la mayor agitacion, sufriendo un martirio continuado por espacio de dos años. Este suplicio se hacia cada dia más terrible para su amante corazon al acordarse de sus dos hijos, y al presenciar las aflicciones y amarguras de un esposo, objeto tierno de todo su cariño. Su corte estaba desierta, y si á alguién veia en ella, era ó unas autoridades sospechosas, ó los ministros que le habian impuesto, ó finalmente á Mr. de Lafayette, ante los cuales se veia obligada á componer su rostro, de modo que no se trasluciese por él lo que interiormente sufría. Tras los dorados biombos de su cámara se hallaba acechando el espíritu de delacion, y sus servidores más inmediatos eran otros tantos espías, á los que era preciso engañar para poder desahogarse en el seno de los pocos amigos que aún permanecian fieles. Los consejeros íntimos iban á verla de noche cuando ella les llamaba, y subiendo por escaleras secretas y atravesando sombríos y lúgubres corredores, solia verificarse la entrevista en algun desvan de palacio. Estas reuniones tenian todo el aspecto de una conjuracion, y la reina salía de ellas acosada por mil pensamientos distintos. Entónces asediaba el ánimo del rey, en cuya conducta se traslucia la incoherencia de una persona desesperada.

Cien planes se combinaban diariamente, pero todos se desechaban apénas se habian concebido. Medidas fuertes, soborno de la Asamblea, abandono sincero en la Constitucion, resistencia, actitud recta, arrepentimiento, contemporizacion, terror y fuga; de todo se trató, pero nada se llevó á cabo. Las mujeres, que son tan sublimes en su amor, raras veces están dotadas del espíritu de perseverancia y de imperturbabilidad que se requiere para llevar á cabo un plan político. Su política reside en el corazon, y su pasion está demasiado en contacto con su razon. De todas las virtudes necesarias al que está en el trono, no tienen sino el valor, y si muchas veces son unos héroes, es muy raro que sean nunca hombres de Estado. María Antonieta se hallaba en este caso. Dotada de más talento, de más alma y más carácter que el rey, le hizo mucho mal, porque su superioridad



MARÍA ANTONIETA.

sobre él le inspiró una confianza sin límites en sus funestos consejos. La reina fué á la vez el encanto de su esposo en medio de sus desgracias, y el genio de su perdición. Ella le condujo paso á paso hasta el cadalso, pero también supo acompañarle en él.

XV

El lado derecho de la Asamblea nacional le componían los enemigos naturales del movimiento: el alto clero y la nobleza. Sin embargo, no todos opinaban de un mismo modo con respecto á las innovaciones recientes. Las sediciones vienen del pueblo, las revoluciones reconocen un origen más elevado; las primeras no son sino la manifestación de las iras populares, las segundas son las ideas de una época. Las ideas se engendran en la cabeza de la nación, y la revolución francesa era un pensamiento generoso de la aristocracia. El pueblo se había apoderado de este pensamiento, y había hecho de él un arma terrible con que atacaba á la vez al trono, á la nobleza y á la religión. Lo que era filosofía en los salones se transformaba en motín en las calles. Sin embargo, todas las principales familias del reino habían tenido apóstoles de los primeros dogmas revolucionarios. Los Estados generales, antiguo teatro de la importancia y de los triunfos de la alta nobleza, habían tentado la ambición de sus descendientes, y muchos de ellos se habían puesto á la cabeza de los nuevos reformadores. El espíritu de corporación no había sido suficiente para detenerlos en su marcha cuando se había tratado de reunirlos al estado llano. Montmorency, Noailles, Rochefoucauld, Clermont-Tonnerre, Lally-Tollendal, Virieu, Aiguillon, Lauzun, Montesquieu, Lameth, Mirabeau, el duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, y hasta el mismo conde de Artois, hermano del rey, que después se llamó Luis XVIII, todos estos grandes señores fueron de los primeros que dieron impulso á las más osadas innovaciones. En cuanto estos teóricos de la revolución especulativa notaron que el torrente les arrebatava, trataron de volverse al punto de donde habían salido, y unos se colocaron de nuevo al lado del rey, otros emigraron al extranjero después de los sucesos de Octubre. Los más firmes permanecieron en su puesto en la Asamblea nacional, donde combatieron sin esperanza, aunque gloriosamente, por una causa perdida. Estos se esforzaron en vano por mantener un poder monárquico, y abandonaron al pueblo sin disputárselos los despojos de la nobleza y del clero. De este número fueron Cazales, el abate Maury, Malouet y Clermont-Tonnerre, que eran los hombres más notables del partido agonizante.

Clermont-Tonnerre y Malouet eran más bien hombres de Estado que oradores, y sus palabras no impresionaban sino á la razón. Buscaban el equilibrio entre la libertad y la monarquía, y creían haberlo hallado en el sistema representativo de Inglaterra, compuesto de las dos Cámaras colegisladoras. Los moderados de ambos partidos les oían con respeto, y como talentos de segundo orden, políticos de medias tintas, no excitaban odio ni ira, pero los sucesos seguían el comenzado curso hacia otros resultados más absolutos. Maury y Cazales, menos filósofos que los anteriores, eran los atletas del lado derecho, y aunque distintos en carácter, su fuerza oratoria era casi igual. Acostumbrado Maury desde muy joven á las luchas de la polémica sagrada, había ensayado en el púlpito una elocuencia que debía desarrollarse después en la tribuna. Hijo de la clase más ínfima

del pueblo, no era adicto al antiguo régimen sino por el hábito que vestía, y defendía la religión y la monarquía como hubiera podido defender unas conclusiones teológicas. Su convicción se reducía á desempeñar bien el papel que le había tocado, y lo mismo hubiera desempeñado cualquier otro, es decir, con un valor admirable y con la mayor nobleza. Educado en los estudios serios y dotado de un lenguaje fecundo, vivo y colorido, sus discursos eran unos verdaderos tratados de las materias que se proponía dilucidar. Único rival de Mirabeau, le hubiera igualado si hubiera defendido una causa más nacional, y el antiguo régimen no podía hallar otro hombre que supiese presentarlo bajo formas más seductoras. La erudición histórica y la sagrada prestaban materia á sus argumentos, y la osadía de su carácter y de su estilo le inspiraban palabras que vengan hasta de las mayores derrotas. Su hermosa figura, su sonora voz, sus imperiosos ademanes y la risueña indiferencia con que desafiaba á las tribunas arrancaban á menudo aplausos hasta de sus mismos enemigos. Persuadido el pueblo de que era invencible, se divertía con aquella resistencia impotente y gozaba viéndole combatir, por la seguridad que tenía de que su ruina era inevitable. La gran contra que tenía Maury era la ninguna autoridad moral de su palabra, pues ni su nacimiento, ni su fe, ni sus costumbres eran capaces de infundir respeto á sus oyentes. Quitesele al abate Maury el traje clerical, y se le verá sentarse sin violencia en el lado opuesto, entre los innovadores. Semejantes oradores son la gala de un partido, pero nunca le salvan.

XVI

Cazales era uno de esos hombres que no saben lo que valen hasta que las circunstancias les descubren que tienen talento, imponiéndoles un deber que cumplir. Simple oficial, confundido entre los demás en las filas del ejército, la casualidad que le condujo á la tribuna le descubrió que era un orador. Al presentarse en la Asamblea no eligió la causa que debía defender. Como noble, defendió la nobleza; como realista, al rey; como vasallo, al trono. Su posición hizo su doctrina, y entró en la Asamblea acompañado del carácter y virtudes propias del uniforme que vestía. En él la palabra no fué sino una espada más, y ésta la ofreció con una abnegación enteramente caballeresca á la causa de la monarquía. Su fe monárquica no la constituía, sin embargo, un fanatismo ciego por lo pasado; admitía todas las modificaciones que el rey había admitido, con tal que fuesen compatibles con la inviolabilidad del trono y con la acción del poder ejecutivo. Mirabeau y Cazales no estaban muy distantes en política respecto al dogma; una distancia inmensa les separaba respecto á los medios: el uno quería la libertad como aristócrata, el otro como demócrata. El primero se había lanzado en los brazos del pueblo, el segundo se aferraba á las gradas del solio. El carácter de la elocuencia de Cazales era el que da una causa desesperada. Protestaba en vez de discutir, y oponía á los triunfos violentos del lado izquierdo retos irónicos y recriminaciones amargas, que subyugaban por un momento la imaginación, pero que no producían jamás la victoria. La nobleza le debió el caer con gloria, y el trono con majestad; de suerte que su elocuencia participó algo del heroísmo.

Detrás de estos hombres no se descubría otra cosa sino el partido resentido de su adversa fortuna, desalentado por el aislamiento á que se veía reducido, odio-

so al pueblo y completamente inútil al trono; partido que no vivía sino de ilusiones, y que no conservaba otra cosa de su abatido poder que el resentimiento de la injuria recibida y la insolencia que va en aumento cada día cuando se sufren nuevas humillaciones. Las esperanzas de este partido no se cifraban ya más que en la intervención armada de las potencias extranjeras. Luis XVI no era, según su modo de ver, sino un rey prisionero, que la Europa se apresuraría á sacar del cautiverio. Para los hombres del lado derecho, el patriotismo y el honor residían en Coblenza. Vencidos por el número, sin ninguno de aquellos jefes hábiles que saben inmortalizarse en las retiradas, sin fuerzas para luchar contra el espíritu de la época y negándose á toda transacción, estos hombres no podían apelar sino á la venganza. Su política no era otra cosa que una imprecación.

Acababa el lado izquierdo de perder su jefe y su regulador al perder á Mirabeau; muerto este hombre nacional, no le quedaban sino hombres de partido. Los principales eran Barnave y los dos hermanos Lameth. Humillados éstos por el ascendiente que Mirabeau había ejercido sobre ellos, habían tratado, mucho ántes de la muerte de aquél, de neutralizar la supremacía de su talento con doctrinas y discursos exagerados. Mirabeau era el apóstol de la revolución, los otros habían querido ser los facciosos de la época. Persuadidos de su mérito personal, habían creído eclipsar los talentos de aquel grande hombre con la superioridad de su popularidad. Las medianías creen igualarse con los genios traspasando la valla de la razón. En el lado izquierdo se había efectuado una escisión, y treinta ó cuarenta de sus individuos seguían las inspiraciones de Barnave y de los Lameth. El club de los *Amigos de la Constitución*, convertido en club de los Jacobinos, era su eco fuera de la Asamblea. La agitación popular, sostenida por ellos, era refrenada por Mirabeau, que reunía en su contra la izquierda, el centro y todos los hombres racionales del lado derecho. Conspiraban á pesar de todo, intrigaban y fomentaban las divisiones intestinas y exteriores, en vez de gobernar; pero hasta la muerte de Mirabeau no quedaron dueños absolutos del campo.

Los Lameth, hombres de corte y educados por la munificencia de la familia real, colmados de favores y de pensiones por el mismo rey, eran unos viles é ingratos que ni siquiera tenían la excusa, como Mirabeau, de haber recibido agravios de la monarquía. Esta defección escandalosa y criminal era, sin embargo, su más bello título al favor del pueblo. Hombres hábiles, llevaban la ventaja, al declararse por la revolución, de conocer los manejos de la corte en que habían sido criados. El amor que profesaban á la revolución era no obstante desinteresado y sincero, pero su distinguido talento no igualaba con mucho á su ambición. Confundidos por Mirabeau en todas ocasiones, amotinaban contra él á todos los que como á ellos hacía sombra aquel talento privilegiado. Por más que buscasen un rival que oponerle, no dieron sino con envidiosos que no podían competir con él. Barnave se presentó á la sazón, é inmediatamente le rodearon, le aplaudieron y le dieron, por decirlo así, su propia importancia. Por un momento lograron persuadirle de que la política consistía en bellas frases, y que bastaba ser buen retórico para ser hombre de Estado.

Mirabeau fué bastante grande para no temerle y asaz prudente para no despreciarle. Barnave, jóven abogado del Delfinado, había empezado á darse á conocer en los conflictos entre el Parlamento y el trono, que habían agitado su provin-

cia, y había dado muestras de su elocuencia en el foro. A la edad de treinta años fué enviado á los Estados generales con Monnier, su patrono y maestro, pero bien pronto abandonó á éste y desertó del partido monárquico para afiliarse en el de la democracia. Una palabra fatídica, salida de sus labios, pero que no emanaba directamente del corazón, pesaba cual agudo remordimiento sobre su conciencia. «¿Tan pura es la sangre que se ha derramado?» exclamó al saber el primer asesinato cometido por la revolución. Estas palabras habían impreso en su frente el signo de los facciosos; sin embargo, no lo era, ó al ménos no lo era sino en cuanto le convenía serlo para el buen éxito de sus discursos. Exaltado como orador, estaba muy léjos de serlo como hombre, y mucho más distante aún de ser cruel. Estu-



Las atroces amenazas con que eran saludados...—Pág. 39.

dioso sin método, fecundo sin energía, no pasaba de ser una inteligencia mediana dotada de un alma honrada y de un corazón recto, á lo que añadía una voluntad vacilante. Su talento, malamente comparado con el de Mirabeau, consistía en el arte de encadenar con habilidad las consideraciones más vulgares; y aunque el hábito de hablar en los tribunales le daba una superioridad aparente en la improvisación, desvaneciase ésta en el momento en que se reflexionaba sobre lo que había dicho. Los enemigos de Mirabeau le habían colocado sobre un pedestal muy elevado por el odio que profesaban á aquél, y le habían engrandecido sin otro objeto que el de ponerle en parangón con él. En cuanto quedó reducido á su verdadera estatura, se reconoció la inmensa distancia que mediaba entre el hombre de la nación y el del foro. Barnave tuvo la desgracia de ser el grande hombre de un partido medio y el héroe de un partido envidioso. Era digno de mejor suerte, y más tarde la consiguió.